

## RESEÑAS

Cuadernos de **Historia Contemporánea**

ISSN: 0214-400X

<http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.54310>EDICIONES  
COMPLUTENSE

Calvo Maturana, Antonio. *Impostores. Sombras en la España de las luces*, Madrid, Cátedra, 2015, 396 pp.

En *Venice and Amsterdam: A Study of Seventeenth-Century Elites* (London, Polity Press, 1994), Peter Burke no sólo demostró sobre la base de las dinámicas económicas y sociales las diferencias culturales que existieron entre ambos grupos privilegiados, sino que puso sobre la mesa la importancia que el estilo de vida y la apariencia tuvieron en la Edad Moderna. Mientras que aquello que caracterizaba al noble veneciano eran sus formas ceremoniosas en las indumentarias y en los movimientos, como se encargaron de describir los viajeros del periodo, para las élites de Ámsterdam lo más común era vestirse con los ropajes negros propios de los hombres de negocios. El interés por simular y disimular fue un lugar común entre los estratos superiores de la Europa moderna pero, ¿qué ocurrió con aquellos sujetos que acabaron formando parte de un grupo social diferente al de su condición primera?, ¿fueron capaces de adaptarse a su nuevo rol y pasar desapercibidos? y, lo más importante, ¿qué podemos aprender de sus experiencias? Junto a otros interrogantes, *Impostores* de Antonio Calvo Maturana da respuesta a estos problemas.

Con su nueva publicación, el historiador ha pretendido acercarse al estudio de un amplio elenco de hombres y mujeres entre 1726 y 1808 que, en una sociedad como la del *Ancien Régime*, tradicionalmente considerada poco propensa a los cambios en la pirámide estamental, transgredieron las normas e intentaron medrar. Movidos por el afán de lucro, tanto en términos materiales (dinero) como, especialmente, simbólicos (honor y reconocimiento), lo cierto es que algunos no dudaron en mudar su condición: ya fuera a través de la impostura, esto es, adoptando otra identidad, real o imaginaria; o bien suplantando la de alguien que sí existió, coetáneamente o en el pasado. Sin embargo, el error más grande que podríamos cometer a la hora de estudiar estos agentes, situados, por así decirlo, en los límites de lo moral y políticamente correcto, sería el de considerarlos como un fenómeno exótico y extravagante que nada nos dice sobre la naturaleza de esa sociedad. El farsante, para ser creíble en un mundo predominado por las apariencias, no sólo tenía que adoptar el papel y los hábitos que se consideraban acordes con su nueva condición, sino que en algunos casos tuvo incluso que, a su manera, interiorizarlos. Planteado desde un enfoque *foucaultiano*, según Calvo Maturana se puede decir que fue el Estado el que, empeñado en la regulación de las vestimentas, acabó creando el fenómeno de la impostura: aquellos que no se encontraban en los límites de lo fijado como legalmente correcto pasaban, sin solución de continuidad, a circular en los márgenes del sistema. Por tanto, solo estudiando el rol adoptado se podrá saber, en palabras del historiador, «lo que se esperaba de uno» y lo que, por ende, se consideraba ajeno al estamento en cuestión.

Estructurado en torno a seis bloques, *Impostores* aborda cuatro tipos de farsas: aquellas que incumbieron a las más altas esferas, monarquía y nobleza; las relacionadas con el estamento clerical; un surtido elenco de espías, aventureros y conspi-

radores; y, finalmente, el conjunto de hombres y mujeres que decidieron vestirse con la ropa del sexo contrario, esto es, travestirse. El libro se cierra con un apartado sexto a propósito de los casos más famosos de «retornos» en la Edad Moderna (Martin Guerre, Andrea Casali, Claude de Veré y Giulio Canella). Después de explorar cuál es la naturaleza del impostor, el segundo capítulo abre su recorrido centrándose en los casos referidos al estamento de los privilegiados laicos y, especialmente, de los monarcas. No en vano, ocupar la identidad de un soberano fue la empresa más ambiciosa a la que pudo aspirar un hombre en la Europa moderna. Sin embargo, se trató ésta de una impostura especial: las trayectorias del falso príncipe de Módena, supuestamente errante tras la invasión del ducado en el contexto de la Guerra de Sucesión Austríaca, y del conde de Montalbán, un fingido hijo de Carlos III, dan cuenta de cómo en torno a los falsos pretendientes se acabaron condensando verdaderos programas de reivindicación política y social. Desde una concepción teocrática, los príncipes no sólo eran lugartenientes de Dios, sino que se encontraban revestidos de una legitimidad que les situaba en el lugar más óptimo para canalizar los descontentos. Si el primero, durante su estancia en La Martinica, prometió elevar las quejas contra el gobernador al rey de Francia, el segundo, para pavor de los realistas españoles, no dudó en entrar en contacto en 1832 con la expedición que pretendía derrocar al migueísmo portugués.

En cuanto al estamento eclesiástico, el capítulo tercero revela cómo fue éste uno de los puestos más propenso para la impostura, máxime si tenemos en cuenta la cierta facilidad con la que se podía acceder a las plazas inferiores. Falsos inquisidores y supuestos jesuitas retornados tras su extrañamiento en 1767 se encargaron de sacar provecho del control social que siguió ejerciendo la Iglesia sobre su grey. Pero también hubo suplantaciones en el alto clero. En el contexto de la Guerra de la Independencia española, el sargento Francisco de Mayoral, preso por los franceses tras la caída de Ciudad Rodrigo, llegó a vivir con todo tipo de lujos haciéndose pasar por el Cardenal de Borbón, nada menos que el primo de Fernando VII y arzobispo de Sevilla y Toledo. Descubierta la farsa, lo cierto es que sus andanzas estarían aun lejos de concluir en un presidio. Según las nuevas investigaciones de Calvo Maturana, en el Trienio Liberal se reinventó para dedicarse a cometer todo tipo de estafas. Pero si polifacética fue su vida, no menos múltiples fueron las identidades de aquellos que actuaron como espías al servicio de la monarquía (Jorge Juan); se enzarzaron en exóticas expediciones de conquista en Marruecos (Aly Bey); propusieron la creación de una regencia en México (barón de Agra); o fueron eminentes conspiradores, bien para rescatar a Fernando VII de su cautiverio en Valençay (caso del marqués de Ayerbe y el barón de Kolly), bien en nombre de una hipotética futura república española (Luís Audinot). Caso, este último, que pondría en marcha toda la maquinaria de la reacción antiliberal a través de la imprenta para denunciar los planes de conspiración contra el Trono y el Altar. De todas estas cuestiones se trata en el cuarto episodio. Finalmente, sobre el tema del travestismo, se aborda de forma especial el caso de las mujeres que decidieron tomar los ropajes del otro sexo por motivos diversos, que fueron desde verdaderas inclinaciones masculinas hasta un espíritu de supervivencia o aventura. Todas las fuentes consultadas por Calvo Maturana apuntan a que el contexto de la guerra, un espacio generalmente interpretado como «masculino», fue uno de los más proclives para este tipo de impostura.

Junto a las memorias, relatos y cartas conservadas, el conjunto documental más importante utilizado por el autor han sido los expedientes generados por la Inquisi-

ción y la justicia civil. Confesiones que deben ser tratadas con una gran precaución puesto que, como es sabido, la inexactitud de la memoria y la interesada confesión del testigo dificultan deslindar la verdad de la mentira. Pero, en este sentido, la solvencia del historiador resulta impecable. Con *Impostores. Sombras en la España de las Luces* nos encontramos, en definitiva, ante un conjunto de micro-biografías en las que el fenómeno de la impostura se nos revela como consustancial a la sociedad en la que se generó; como un espejo deformado que, paradójicamente, es capaz de ofrecer un nítido reflejo de aquella. Un libro académico pero de ágil lectura en el que lo riguroso se compagina con lo ameno para ofrecernos un retrato poco conocido de ciertos personajes del Antiguo Régimen. En este sentido, tratándose de un trabajo pionero no cabe más que invitar al autor a seguir investigando las trayectorias vitales de estos oportunistas y, por qué no, adentrarse en el siglo XIX. Las sorpresas pueden ser aún mayores.

Josep Escrig Rosa  
Universitat de València  
josep.escrig@uv.es